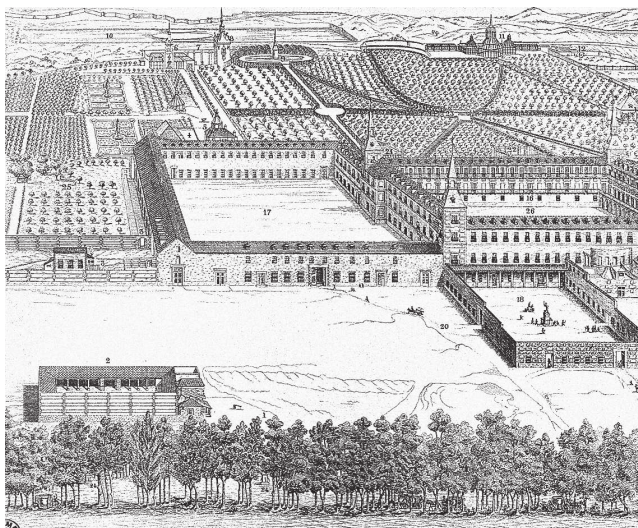


BIBLIOTECA DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

XXXIX

CICLO DE CONFERENCIAS

# EL PARQUE DEL BUEN RETIRO



L. M. APARISI LAPORTA – A. SÁNCHEZ ÁLVAREZ-INSÚA – J. MONTERO  
PADILLA – M.<sup>a</sup> T. FERNÁNDEZ TALAYA – A. DE CARLOS PEÑA – M.<sup>a</sup> P. GONZÁLEZ  
YANCI – J. DEL CORRAL RAYA – J. M. CRUZ VALDOVINOS – C. CAYETANO  
MARTÍN – P. MENA MUÑOZ – F. J. MARÍN PERELLÓN – E. L. HUERTAS  
VÁZQUEZ – C. AÑÓN FELIÚ – E. JORRÍN GARCÍA – F. DE DIEGO CALONGE –  
A. MORA PALAZÓN – E. DE AGUINAGA LÓPEZ – R. GAMAZO RICO

INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS  
C. S. I. C.

INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS  
Consejo Superior de Investigaciones Científicas  
Centro de Ciencias Humanas y Sociales

La responsabilidad del texto y de las ilustraciones insertadas  
corresponde al autor de la conferencia.

Imagen de cubierta: *Vista del Palacio y jardines del Buen Retiro*,  
por Jusepe Leonardo, hacia 1626.

© 2011 Instituto de Estudios Madrileños  
© 2011 Los autores de las conferencias

ISBN: 978-84-935195-4-4  
Depósito Legal: M- 49987-2011  
Impreso en España

## SUMARIO

	<u>Págs.</u>
<i>Presentación</i> , por ALFREDO ALVAR EZQUERRA.....	9
<i>Anotaciones al ciclo de conferencias El Parque del Buen Retiro</i> , por LUIS MIGUEL APARISI LAPORTA.....	11
<i>Esculturas y otros elementos ornamentales</i> , por LUIS MIGUEL APARISI LAPORTA.....	15
<i>Una familia de escultores: los Coullaut-Valera y sus esculturas en El Retiro</i> , por ALBERTO SÁNCHEZ ÁLVAREZ-INSÚA.....	51
<i>Apuntes para una guía literaria del Retiro</i> , por JOSÉ MONTERO PADILLA.....	67
<i>Los alcaldes del Buen Retiro</i> , por MARÍA TERESA FERNÁNDEZ TALAYA.....	83
<i>El monumento de Alfonso XII en El Retiro</i> , por ALFONSO DE CARLOS PEÑA.....	101
<i>Evolución urbana de Madrid en torno a El Retiro</i> , por M <sup>a</sup> PILAR GONZÁLEZ YANCI.....	117
<i>Toros y otros festejos en el Buen Retiro</i> , por JOSÉ DEL CORRAL RAYA.....	153
<i>Ermitaños en el Buen Retiro en el siglo XVII</i> , por JOSÉ MANUEL CRUZ VALDOVINOS.....	167
<i>El Retiro «municipal» en el siglo XIX</i> , por CARMEN CAYETANO MARTÍN.....	181
<i>Estudio histórico y arqueológico en el Huerto del Francés. La Real Fábrica de porcelanas</i> , por PILAR MENA MUÑOZ y FRANCISCO JOSÉ MARÍN PERELLÓN.....	209
<i>Fiestas teatrales en El Retiro calderoniano</i> , por EDUARDO L. HUERTAS VÁZQUEZ.....	217
<i>El plan rector de uso y gestión del Buen Retiro</i> , por CARMEN AÑÓN FELIU.....	239
<i>El cerrillo de San Blas y su connotación romera</i> , por EMILIO JORRÍN GARCÍA.....	287
<i>Árboles y hongos notables en los Jardines del Buen Retiro</i> , por FRANCISCO DE DIEGO CALONGE.....	309
<i>El Real Observatorio Astronómico de Madrid</i> , por ALFONSO MORA PALAZÓN.....	323
<i>Las puertas del Retiro</i> , por ENRIQUE DE AGUINAGA LÓPEZ.....	345
<i>El barrio de los Jerónimos</i> , por RUFO GAMAZO RICO.....	361
<i>La Casa de Fieras</i> , por LUIS MIGUEL APARISI LAPORTA.....	377

## TOROS Y OTROS FESTEJOS EN EL BUEN RETIRO

Por JOSÉ DEL CORRAL RAYA  
*Instituto de Estudios Madrileños*

Conferencia pronunciada el día 21 de diciembre de 2005, en el Museo de los Orígenes (antes Museo de San Isidro)

Toda la riqueza fastuosa del barroco había de correr, brillante y sorprendente, entre las nuevas frondas creadas en tierras de pan llevar, en el borde mismo de Madrid. Fiestas de toda índole, presididas por la rubia y mayestática estampa del Rey Felipe, se irían sucediendo unas a otras en una cascada inextinguible, ofreciendo tras los bailes las corridas de toros, en la rica lidia caballeresca de entonces, a las corridas las representaciones teatrales, a estas las fastuosas meriendas; en las que los nuevos árboles llevaban entre los rigores invernales de febrero la alegría de flores y frutos que uno a uno habían sido atados a ellos como un imposible ador no de primavera artificial.

Serian escenarios de todos estos espectáculos, teatro de estas jornadas de ilusión y de gracia, lo mismo los patios de la nueva mansión real que los jardines recién nacidos, el estanque grande, que tenía por entonces una isleta central, hoy desaparecida, y que fue escenario de representaciones teatrales que se presenciaban desde movibles barcas que surcaban silenciosas sus aguas; las varias Ermitas que habían surgido salpicadas entre los jardines y a las que nosotros dedicamos un trabajo en las páginas de la revista «Anales del Instituto de Estudios Madrileños», eran mucho más que unas Ermitas, aunque tuvieran su capellán y su sacristán pues junto a cada una de ellas, fundiéndose con ellas, estaba un rico palacete, en el centro de jardines especialmente cuidados, que servían para meriendas de pretendido aire campestre y para reuniones, más o menos misteriosas, que unas veces tuvieron que ver con la política y otras tenían ribetes ocultos de alquimia, que soñaba con la conquista del oro. Fiestas literarias y caballerescas en el Palacio de un Rey al que se ha llamado quizá con demasiada alegría-, el Rey poeta, celebradas en un ambiente que si era regio por su presencia, lo era también por surgir entre los grandes esplendores culturales del gran siglo de las Letras, de la gran época de las artes. Sueños de Arte y de Amor de una España que se desangraba lentamente entre los rebrillantes del lujo y los picaros dolores de la miseria, una España en la que vivían Lope de Vega y el Lazarillo de Tormes, Velázquez y el fabuloso capitán, casi una leyenda verdadera, don Alonso Contreras. En la hoguera arden huesos de aritméticos

y no hace tanto que un caballero, que fue héroe en San Quintín, se convierte, en la calle de Postas, en Siervo de los Enfermos Pobres. Es el tambaleo casi imposible entre el lujo y la miseria, el estremecerse entre los fervores de la mística y las locuras de la carne. Un mundo que parece imposible y que fue palpitante realidad de hombres y mujeres, a los que llevaba y traía una época enloquecida y bella, lejana y soñada, como una novela mentida, como una realidad sangrante y verdadera.

El intento de evocar este mundo, esta Vida, esta Sociedad, es harto difícil y casi imposible desde nuestros días, alejados de Dios y cercanos al juego y a la comodidad. Hoy no sabemos ya ni del frío, ni del hambre, aunque viva entre nosotros ateridos y hambrientos, ignoramos el voluntario sacrificio y la entrega arrobada a algo más alto y superior, tememos la muerte, como si no estuviera ahí mismo, presente para todos, a vuelta de cada esquina de la Vida. Y desde luego ya no podremos encontrar en nuestras filas de humanos estremecidos, la jugosidad alegre y vivad de un Lope de Vega, ni el sueño imposible de Cervantes, ni el aticismo elegante y supremo de Quevedo. Nuestro mundo parece más grande, pero es mucho más pequeño, parece más rico, pero es junto a aquel pobre y triste, lo creemos más hondo, pero no tiene la suprema grandeza de los hombres que entonces vivieron.

Sabiendo esto, intentamos el recuerdo de galas y de fiestas, que no podremos comprender siquiera, pero que son el objeto de esta tarde, como lo fueron entonces endecasílabos que decían de amores humanos y divinos.

Y estas fiestas tuvieron un cierto y seguro comienzo y de ese comienzo y original inicio, acaba de cumplirse aniversario, sin que nuestra sociedad haya tenido para ello ni una sonrisa, ni un recuerdo. Fue precisamente el día 5 de diciembre de 1633. Ese día se celebró la primera fiesta del nuevo Palacio Real del Buen Retiro y los cortesanos de Felipe IV corrieron cañas o las vieron correr al mismo Rey en persona y al primer ministro don Gaspar de Guzmán, Conde de Olivares. Fue su cronista nada menos que el verso fresco y sonoro de Lope de Vega que, en «La Vega del Parnaso» le dedicó a la fiesta con el título de «A las primeras fiestas del Retiro».

Ahí están, como en rico estuche labrado por el mejor orfebre todos los rincones de la regia jornada en un poema que comienza diciendo:

Pidió prestado un día  
al verde mayo el rígido diciembre,  
porque visto no había  
rayo de sol su antecesor noviembre,  
cuya corona de guedejas rubias  
reinaban hielos y bañaban lluvias.

Nos dice Lope del nuevo Palacio:

Un edificio hermoso  
que nació como Adán joven perfecto,

tan breve y suntuoso,  
que fue sin distinción obra y concepto,  
en cada idea a fuerza de cuidado,  
fue apenas dicho cuando fue formado,  
apareció este día  
con una plaza coronado en torno  
de cuanto ser podía  
de fabrica real gracioso adorno,  
en quien por imposible ejecutado  
la esfera vio su círculo cuadrado.  
Si, círculo cuadrado pues en el patio grande de Palacio se celebró la  
Fiesta de Cañas, en que corrieron el Rey y su Favorito.  
Acción en que prudente  
con su respeto mismo te aconsejas.  
Corrieron finalmente  
la majestad y la virtud parejas,  
si bien la diferencia provenía  
que así corren también el sol y el día.

Toros se corrieron después y fueron de los criados en las vegas del río Jarama, que tanta y justificada fama alcanzaron por entonces en la Villa. Que estos fueron buenos, nos los cuenta un soneto de Quevedo. En la fiesta que sigue siendo fiesta para nosotros al cabo de los cercanos cuatrocientos años pues los comentaristas de la jornada resultan más imperecederos que toda la misma fiesta.

Los comienzos, otra vez, de este mismo mes de diciembre nos traen los ecos de otra fiesta de toros en el Real Palacio, que aunque por ahora nos parece no rimen los toros con los fríos meses invernales, sino que piden sol y calor, lo cierto es que a nuestros abuelos no les importaban esas cosas y corrían toros en cuanto había ocasión para ello, fuera agosto

o enero y hartas muestras tenemos de ello. Y otra va en seguida, pues el 11 de diciembre de ese año de 1633, volvieron a correrse toros en El Retiro y precedidos de cañas que corrieron cuatro cuadrillas, dos contra dos, mandadas la una por el Marqués del Carpio, a quien acompañaban don Luis de Haro y el conde de Aguilar; la cuadrilla de la Villa de Madrid, que regía el Marqués de Guzano y formaban cinco regidores de Villa; la del Condestable de Castilla, formada por don Juan Pacheco, don Bernardino de Ayala y el celebre don Capar de Bonifaz, afamado corredor de toros, y la del Conde de Miranda con don Pedro Mejía, don Diego de Quiñones, el conde de Villafranca y don Diego de Zarate.

A semejanza de las corridas celebradas en villas y ciudades en la plaza de las poblaciones, se hacían estas en el patio grande de Palacio, contemplándolas la Corte desde las ventanas o balcones del regio edificio, pero no se debían hacer tendidos ni colocar barreras, quizás por no estrechar más el campo de la liza, pues tenemos

noticia de quien vio como su caballo, desbocado, se estrellaba contra la pared del edificio lo que hubiera sido imposible de existir tendidos y barreras. Por cierto que al caballero no le dañó más sino el susto del golpe, cuando el caballo quedó muerto del choque.

Las cañas se corrían en el mismo lugar y como era uso, enfrentándose las cuadrillas en liza, persiguiendo la una a la otra hasta que el terreno lo permitía para regresar en posición contraria, siendo el perseguidor perseguido. Las cañas, pequeños venablos de caña, se lanzaban durante las carreras defendiéndose los caballeros con escudo de ellas cuando no resultaban de peligro.

Volviendo a nuestra fiestas diremos que no tardaron mucho en repetirse, y simplemente al día siguiente de la anterior, ya se ponían en pie la celebración de otro festejo, esta vez de sortijas y estafermo. Ejercicios de equitación en el que en el primer caso los caballeros habían de ensartar en su ligera lanza, a la carrera, las sortijas colgadas. El estafermo era un muñeco, situado sobre un eje vertical a quien se atacaba sobre su escudo, pero que al girar podía alcanzar al caballero con las disciplinas que llevaba en su otra mano, se trataba pues de dar con fuerza y escapar con ligereza.

Siguieron a estos ejercicios una lucha de fieras, a la que parece resultaban muy aficionados nuestros lejanos abuelos, pues se repiten con frecuencia, pero lo más curioso es que, aunque no se diga mucho, lo cierto es que estas luchas de fieras llegaron hasta los finales del siglo XIX y continuaron celebrándose con frecuencia en las Plazas de Toros. Quizás algún día tengamos ocasión de contárselo a ustedes, pues tenemos cuidadosamente recogidas yo creo que la casi totalidad de las celebradas en Madrid, y como ven huyo siempre de decir todas y de hablar de exhaustividades que la experiencia me ha demostrado tantas veces falsas.

Habrà que decir, antes de cerrar el recuerdo de estas fiestas del 1633, que el Rey Felipe corrió la sortija y ganó el premio del caballero más galán y diestro, naturalmente.

Pasemos al año siguiente. El 24 de febrero de 1634 corrió, por los jardines del Buen Retiro, la mojiganga de los cortesanos para festejar la estancia en Madrid de la de Cariñak. Fue uno de los obsequios que le ofreció la majestad del Rey Felipe y como es bien sabido las malas lenguas, que entonces tampoco faltaban, aunque todavía no actuaban desde las pantallas de la televisión, dijeron... lo que ustedes suponen del Rey y de la francesa, lo que no es de extrañar, conociendo un poco a uno y a otra y es que hay cosas que son iguales en el mundo desde que hay hombres y mujeres, sin cansarse de repetirlo.

En marzo del mismo año 1634, el día 14, volvió el Rey a correr lanzas en el Buen Retiro con todos los de su Corte, y sortijas, y estafermo. Y aquí fue cuando el conde de Niebla se estrelló con su caballo contra la pared y murió el caballo, que por cierto era del marqués de Cuellar. El conde quedó ileso.

En junio del mismo año corrió, otra vez, lanzas el Rey en la Plaza del Palacio, con el Almirante de Castilla y los caballeros de la Cámara.

Después sortija y estafermo, que parece ser que eran números habituales para redondear la fiesta.

Realmente todos ellos tenían como base el ejercicio de equitación, muy tenido en cuenta por aquella sociedad, y recuerden que junto a los jardines del Retiro estaba una Escuela de Equitación para los caballeros, en el Paseo del Prado, y los jardines primitivos llegaban hasta el Paseo y solo se cortaron por la calle de Alfonso XII, como hoy los conocemos, cuando el Sitio Real paso a poder del Ayuntamiento, que se apresuró a vender un tercio del total, donde nació el Barrio de los Jerónimos. No digo nada de especulación de terrenos, ni siquiera en su versión oficial.

Con solo un mes de diferencia encontramos otra fiesta de toros en el Palacio del Buen Retiro el 8 de julio de 1634. Buenos rejones plantaron los caballeros en plaza en el curso de esta lidia, pero desde luego lo mas comentado, seguramente por su novedad, fue la actuación de un grupo de portugueses, reino todavía unido a la Corona de España, formado por ocho individuos, vestidos con calzones marineros, que hicieron un ejercicio de habilidad y fuerza sujetando al animal por los cuernos. En definitiva y salvo diferencias en la lucha claramente justificadas por no haber esta especialidad, lo mismo que tampoco lo había hecho la española, en su forma actual. Estos portugueses son los forzados actuales, aunque no encontramos el uso de tal titulo en los antiguos documentos. Quizá la diferencia fundamental es que en vez de protegerse con cestos de mimbre lo hacían con horquillas.

La fiesta se celebró en el patio grande del Palacio, como las anteriores, instalándose los asistentes en los balcones de los distintos pisos, según su categoría protocolaria.

Otra vez en tiempos fríos, en noviembre en esta ocasión, nueva fiesta de toros, siquiera esta vez estuviera en cierto modo justificada por la llegada a la Corte de la Duquesa da Mantua y la necesidad de agasajarla de la forma acostumbrada. Se hizo de forma completa puesto que hubo corrida de toros y también se corrieron cañas y se presentó una lucha de fieras, en la que como sucedió durante casi toda la historia de estos encuentros fue el toro el claro vencedor, fuera cual fuera su contrincante.

Se hizo el día 1 de junio de 1635, una representación de la Fabula de Dafne» de don Pedro Calderón de la Barca, presentada con rica tramoya del celebre Lotti. Se verifico la representación en tres escenarios, uno de cueva, otro de bosque y el tercero de palacio con el templo de Palas, en cada uno de ellos actuaba una compañía distinta, A falta de detalles en esta representación creemos que debió tener alguna cercanía a la tradicional de los Autos Sacramentales en carros que solían acoplarse pero que en ocasiones presentaban distintos escenarios.

Algo nuevo tenemos que recoger en esta representación teatral, su posterior repetición para el pueblo, en sesión desde luego pagada por los asistentes, pero que viene a democratizar y a dar participación a los madrileños en estas fiestas reales, acercándolas a la masa de vecinos de la Villa.

Todavía no había acabado el mes en que se celebró el anterior festejo cuando, el día 29, tuvo lugar otra representación teatral, que ofreció en esta ocasión «Los encantos de Circe», original, igualmente, de Calderón de la Barca.

Fue esta vez el estanque grande del Retiro, el mismo que hoy conocemos, el escenario de la farsa. Tenía por entonces el tal una isleta central, donde, entre luminarias



y por la noche, se instaló el escenario de la representación, seguida por el Rey y les asistentes desde barcas que, silenciosamente, podían desplazarse por las aguas, cambiando así la perspectiva de la visión, que debió ser muy espectacular pues tuvo también complicada tramoya ideada por Cosme Lotti.

El espectáculo quizá no fuera aceptado por los públicos actuales, pues duro nada menos que seis horas, rematando con las actuaciones de un grupo de danzas organizado por el Ayuntamiento de la Villa que de esta forma ofrecía su colaboración a la distracción de los Reyes.

Los toros corridos en día 1 de julio de 1635 dieron ocasión de una polémica entre la Iglesia y el Gobierno. Asistieron a la fiesta, desde una ventana y protegidos por celosías a fin de no ser vistos por los demás asistentes, un grupo de jesuitas extranjeros, recién llegados a la Corte, y que nunca habían visto espectáculo semejante, por lo que fueron invitados por Olivares. Pero estaba por entonces prohibida por la Iglesia la asistencia de sacerdotes a tal festejo y, aun recatados por la celosía fue sabida su presencia, lo que ocasiono protesta religiosa, incidente mínimo, pero azuzado por ciertos sectores dentro de la lucha anti-olivarista, que ya se presentaba clara en el conjunto social, a diferencia de los primeros días de la privanza, que fueron magníficamente recibidos por la mayorías, hasta por quienes, como don Francisco de Quevedo, serian después sus declarados enemigos.

Volvió el teatro a la isleta del estanque grande el día 29 de junio de 1635, con la representación de «El mayor encanto Amor», otra vez de Calderón de la Barca, representación que en esta ocasión solo duro cuatro horas, con sugerente y sorprendente tramoya de Lotti y una iluminación artificial que fue muy comentada por su excelencia. Los asistentes en barcas, dulcemente deslizadas sobre el agua.

Como una especie de apoteosis triunfal, el día 8 de mayo de 1636, un gran espacio de los jardines del Palacio, alumbrados por doscientas hachas de gran tamaño, de aquellas resistentes al aire y sin humos que sabían fabricar para las reales fiestas, lucían como una brasa en la noche madrileña y en aquella dulce ocasión primaveral hubo de todo: Mascara, caracol, coros de música, viniendo a terminar y rematar la noche en una lucha de fieras.

Mas que otra cosa eran las mascaradas ejercicios de equitación, que tuvieron que encontrar en los iluminados jardines excelente escenario para sus figuras y revueltas, como las ocasionadas por el caracol en el que se confundían bellamente las distintas cuadrillas que había antes corrido separadas.

En cuanto a la lucha de fieras se dispusieron en gran jaula a un oso, un león y un toro. Esta vez el resultado fue original, pues el león acabo con el toro, saltando sobre su lomo y asegurándose con las garras mientras deshacía su cuello a dentelladas. En cuanto al oso, pausamente, desde que le hicieron entrar en el jaulón, se marchó lentamente hacia un alejado rincón separado del lugar donde se realizaba la lucha de los otros dos animales y no entró en el juego en toda la noche ni aun después de que fuera el toro derribado, limitándose a contemplar, como un espectador mas, el juego a muerte.

Ocho toros se corrieron el día 19 de mayo de 1636. Excelentes toros jarameños que dieron buen juego en la placeta y sirvieron para el lucimiento de los caballeros actuantes que clavaron sus rejones con arte y acierto.

Pero como solo habían sido ocho toros, al día siguiente se corrió la corrida entera, de mañana y tarde, como era habitual entonces, y por lo que, cuando la fiesta fue cristalizando en las formas en que hoy la conocemos, comenzó llamándose a las corridas solo de tarde medias corridas para distinguirlas de las dobles de mañana y tarde que fueron primero las habituales.

Esta segunda fiesta de toros estuvo dedicada a los caballeros madrileños que corrieron cuatro toros por la mañana y otros seis por la tarde, jornada que por cierto acabo deslucida por la lluvia, que ya sabemos que incomodando a toreros y a publico desluce la fiesta.

Continuaba siendo el toreo a caballo y realizado por caballeros, pero ya se advertían síntomas de la decadencia del sistema, sobre todo en la lenta pero progresiva reducción de los caballeros participantes. La causa era natural en unos tiempos en los que la crisis económica apretaba continuamente el participar en una corrida de toros, ejercicio arriesgado y peligroso en el que los caballeros no tenían otro premio que el aplauso de los asistentes, añadido al peligro, resultaba claramente oneroso. Además quedaba el gasto muy considerable del caballo. Un animal adiestrado debidamente para la fiesta de toros requería una doma especial, larga y difícil y para la que no servían todos los animales, a los que se exigía además gran resistencia y fortaleza. Por tanto los caballos preparados eran caros. Pero estos costosos animales frecuentemente eran cogidos por el toro y no era raro que murieran en la misma plaza o que quedaran inútiles para la lucha físicamente o dañados de tal manera que huyeran de las reses.

Un gasto muy considerable hacía que cada vez fueran menos los que podían permitírselo. Disminuyó por tanto el numero de caballeros que voluntariamente se prestaban y paralelamente surgió otra grupo formado por hidalgos pobres que arriesgaban caballo y vida, pero por una compensación económica y que alargaron un poco la duración de la fiesta caballescaca, pero ya sobre otros postulados. De ahí al paso de que fuera la gente de a pie, meros auxiliares hasta entonces de los caballeros auxiliares pagados también lo que suponía para estos otro gasto— los que sustituyeran a la gente de caballo y la fiesta viniera, a quedar como la conocemos, conservando solo los picadores como herencia de los antiguos métodos. Estos, después, verían mermadas sus actuaciones con los petos defensivos de los caballos, que vinieron a dar un considerable cambio al sistema.

Volviendo a nuestras fiestas tenemos que recordar una estampa poco lucida y un desenlace trágico pero muy representativo de las gentes de entonces. Recordemos.

Fue el 20 de junio de 1636. Toros en el Palacio del Retiro. El Conde Duque había, encargado, como de costumbre, al Ayuntamiento la busca y elección de los toros que se habían de lidiar en la fiesta. Pero los elegidos resultaron malísimos, imposibles para la lidia por su mansurronearía incorregible, que hizo de la tarde de fiesta un espectáculo penoso y triste. Tan malos era que los que sobraron, pues siempre se encerraban más toros que los necesarios para que no faltaran, y que además en esta

ocasión fueron más de los acostumbrados por haber durado mucho la lidia y haberse podido correr pocos dada la falta de acometividad de las reses, pues los toros que sobraron los mato por la noche el Rey a arcabuzazos, demostrado su puntería y demostrando también que para nade más valían. Los comentarios sobre la fiesta fueron los consecuentes a semejante fracaso.

Al día siguiente el Conde Duque de Olivares llamó urgentemente al Corregidor de Madrid, que era el Conde de Revilla y aunque el Corregidor no tenía culpa alguna pues el delegaba siempre la busca de tonos en dos Regidores que se elegían por el Ayuntamiento, Olivares le arrolló con una terrible bronca por los resultados de la corrida de la tarde anterior. Balbuciente se defendió como pudo el Conde de Revilla y se retiró a su casa. Al tercer día murió el Corregidor, seguramente de una congestión. Por entonces los hombres no podían resistir una bronca y cuando la recibían, simplemente se morían.

Además la noticia de la muerte llegó a los Concejales cuando se encontraban asistiendo a una corrida de toros, de las fiestas de la Villa celebrada en la Plaza Mayor, con asistencia del Rey, y aun cuando no estaban todos los Regidores presentes hicieron informalmente un consejo y acordaron los presentes acercarse al Monarca, en la misma Plaza, y pedirle fuera nombrado Corregidor el Conde de Montalvo, don Juan de Castro y Castilla, que ya había ocupado el Corregimiento años atrás, cuando todavía era muy joven, y lo había servido con satisfacción de los que componían el Ayuntamiento.

Dicho y hecho. Por la calle que hoy se llama del Arco del Triunfo y entonces sencillamente Callejón del Infierno, subieron al Salón Real de la Casa de Panadería y presentaron su petición, como tales Regidores de la Villa, al Rey Felipe. Y el Conde de Montalvo fue Corregidor por segunda vez.

Un nuevo estreno de Calderón de la Barca llega a nuestro recorrido se trata de la obra «Los tres mayores prodigios» y esta vez no se representa en el estanque sino en uno de los patios de Palacio.

Buenísimos, fieros y peleadores fueron los toros corridos en el día 10 de julio de 1636 y que se trajeron de los campos del Jarama los unos y de Aranjuez los otros, como los lidiados el día 28 de noviembre.

Una máscara hizo sus evoluciones el día 13 de febrero del año siguiente en la que intervinieron dieciséis cuadrillas de a doce caballeros cada una, casi pues dos centenares de jinetes avezados, siguiendo los difíciles caminos del juego y que fueron contemplados, desde las cuatrocientas noventa ventanas, a la luz de mil y quinientos faroles. Salieron con la máscara carros triunfales tirados cada uno por nada menos de cuarenta y ocho bueyes y sobre los que represento una comedia. Nadie podía adivinar tal fiesta ni derroche de personas y caballerías si se piensa que aquel lugar que vemos como gran plaza interior del Palacio había sido, en palabras de quien vio los lugares antes de que todo fuera construido, un monte que allí estaba, decía desde que Dios hiciera el Mundo.

Dos días después se veía en la misma Plaza otra fiesta con la participación de 900 candelabros gigantes. El Rey y Corte asistieron vestidos de grave terciopelo negro, el color que la Corte de España había impuesto en toda Europa, y sus vestidos estaban

adornados de listas argentadas que relucían sobre el intenso negro con el fulgor de la plata. Aquella comitiva había salido del Alcázar, aquel que desde los días del Madrid árabe se alzaba donde hoy nuestro Palacio Real, y atravesando por las más céntricas calles todo Madrid había llegado hasta el Palacio del Retiro en un cortejo que cerraban dos fantásticas carrozas diseñadas por Cosme Lotti y tirada por dos docenas de bueyes cada una:

Buenos están los faroles,  
la plazuela y plateados.  
Medio millón se ha gastado  
solamente en caracoles.

Pero no había acabado esta serie de fiestas, que al siguiente día, cuando todavía no se habían acabada los comentarios sobre la anterior en las calles de la Villa, se siguió otra que ofrecía a Sus Majestades la magnificencia de Manuel Cortizo Villasante, en los jardines de la Ermita de San Bruno: flores, frutas y dulces colgaban de los árboles, colgados uno a uno en la fría noche de febrero para sorpresa de los asistentes y en aquel ambiente teatro y baile, solo interrumpido por una merienda compuesta por cincuenta platos.

Conviene recordar que este Cortizo, de buena y larga actuación en el cortesano Madrid de entonces, era un comerciante de sedas y especias de origen portugués que después había de saberse de procedencia judaica, venido de Lisboa a Madrid buscando el mejor trato que aquí recibían los cristianos nuevos. Aquel hombre rico dejó en Madrid dos recuerdos, perdido el uno, la Ermita de San Antonio de los Portugueses en el Retiro, situada por donde esta emplazado el monumento del Ángel Caído, y la maravillosa Iglesia de San Antonio de los Portugueses en la calle de la Puebla esquina a la Corredera Baja de San Pablo, felizmente existente, y uno de los más acabados y bellos templos madrileños. Bueno, también dejó el recuerdo de su juicio inquisitorial, pero eso, afortunadamente para él, fue después de su muerte. Y el recuerdo, ya casi olvidado, de un celebre robo perpetrado en su casa, durante ausencia de la familia, en el que, para disimular el ruido producido para arrancar las rejas del piso bajo, varios coches rodaron toda la noche por aquellas calles mientras los vecinos, para que no pudieran sorprender a los ladrones, se encontraron a la mañana siguiente encerrados en sus casas pues sus puertas se habían sellado colocando en ellas candados.

Pero antes de que se olviden sigamos con las fiestas y como antes de que se olvidara la merienda, a los tres días de ella se hizo en los jardines de Retiro una Academia Literaria, entre los muchos festejos organizados para celebrar la coronación en Roma del nuevo Rey de Romanos. Vélez de Guevara, don Luis de Haro, don Jerónimo de Villanueva, el Príncipe de Esquilache y el Conde de la Moncloa formaron el tribunal que juzgo los trabajos presentados en este concurso literario cuyo severo fiscal fue Rojas Zorrilla y al que presentaron composiciones Solís, Cancr, Quiñones de Benavente... un lujo incomparable que ninguna otra Corte podía ofrecer.

Pero estamos recordando fiestas de febrero de 1637 y naturalmente, sin que nadie los llamara llegaron los Carnavales. Fue el día 21: carreras, encamisadas, máscaras, fiestas, nuevas fiestas. Había que asistir a ellas con mascarar o antifaces y sin armas: fiesta de disfraces, danzas, que remataron la noche con el trenzado de la Danza del Hacha. Más de doscientos huevos vaciados de su contenido, rellenos de agua de olor y pintados de oro, se tiraron los asistentes, que tuvieron que quedar chorreando, pero que el día siguiente tuvieron todavía ánimos para correr una mojiganga, hacer máscara y ver la representación de una comedia, que pago por cierto don Juan de Villanueva, que por entonces vivía sus días de gloria y alzamiento, que ya le llegarían las penas y dolores, que nunca pudieron quebrarle cuando llegara la caída del Conde Duque.

La Corte, después de esto, se tomó un día de descanso. Un solo día pues el 23 se volvieron a correr cañas, se hicieron carnavales, se danzó, se tiraron mas huevos dorados de olor... y se asistió a la representación de la comedia de Rojas Zorrilla y Coello «El robo de las sabinas».

Al día siguiente, en esta especie de torneo de resistencia a las diversiones, emprendido gozosamente por la corte de Felipe IV, se pudo asistir a una mojiganga presentada por el Ayuntamiento, seguida de fuegos artificiales y de la representación de la comedia de Calderón de la Barca «Don Quijote de la Mancha», cuyo texto se perdió y de la que no nos queda otro recuerdo que el titulo.

Cuando se corre no conviene parar, así al día siguiente toros. Nada mas que treinta toros se corrieron, por numerosos caballeros, entre los que destacó la pericia y el arte de don Luis Trejo. Un ejercicio de cañas puso fin a la larga fiesta.

Debió ser necesario tomarse un respiro, por eso desde el día 25 en que se celebró esta corrida, no sabemos de otro festejo alguno hasta el día 28 de febrero, en que simplemente se corrieron alcancias, se jugaron cañas y se tiraron los indispensables huevos de olor, continuando a todo ello, al siguiente día 1 de marzo, otro ejercicio de cañas y la representación de una comedia con contradanza preparada por Lotti y seguida de una mojiganga de oficios, así llamada por correrla los representantes vestidos con alusiones a las distintas profesiones.

El largo candelario de fiestas tocaba a su fin y pudieron reposar los ajetreados cortesanos hasta el día 8 de marzo, primer Domingo de Cuaresma, que, pese a la severidad litúrgica de la fecha, se corrieron cañas y de ellas resultó por cierto un desafío entre el marqués de Cuellar y el de Aytona, en el que este último resulto herido.

Con mas reposo, se fue tomando el ritmo ordinario de la vida cortesana y así el día 18 –un paréntesis de diez días– se celebró una fiesta, mas descansada, que fue ofrecida a Sus Majestades por la Duquesa de Olivares: un concierto que tuvo lugar en la Ermita de San Bruno, que se había terminado de construir en 1635 y que tenia, no solo jardines como hemos dicho era usual en todas estas Ermitas del Real Sitio, sino también una gruta de fingido aspecto rocoso y una bella fuente, que había construido Pedro de Tapia. Si miran ustedes el plano de Teixeira verán la situación de la Ermita de San Bruno, marcada con el numero 84, no lejos de la de San Jerónimo y

delante del estanque grande la posesión real, cerca también de la llamada «Sala de Burlas», esto es mas bien hacia el sur del conjunto palacial. Era de planta rectangular y se cubría con un chapitel octogonal que tapaba su cúpula encañonada, a la usanza que creó el agustino recoleto fray Lorenzo de San Nicolás.

Conviene recordar que en los toros que se corrieron en el Palacio el día 20 de abril de este año de 1637, se usaron, por primera vez en la lidia, varas largas, varas de detener –se entiende que de detener al toro en su empuje– parecidas a las actuales garrochas de los picadores de hoy. La lidia estaba claramente en formación y tardaría aun en cristalizar en la forma que hoy es de uso ordinario.

Vino a suceder que, el 27 de abril, se escaparon unos toros de los que se encerraban para una corrida y salieron del Retiro. Tanto va el cántaro a la fuente... Uno de ellos se encontró en el Prado, junto al arroyo, a una vieja y la volteo y la mato en el acto. Otro fue muerto por un grupo de soldados que con el vino a cruzarse en su huida, y que acabaron con el en todos los sentidos pues que lo comieron después de matarlo y debieron con este motivo preparar otra fiesta de la que tristemente no tenemos otra noticia.

Rejoneó toros, el día 3 de noviembre de 1640, el conde de Cantillana, que fue muy alabado por su actuación. En esa corrida un toro atravesó la pierna de don Gregario Gallo que, a consecuencia de ello, invento una defensa para esta parte expuesta del lidiador, de la que no sabemos mucho mas que su existencia y un mes mas tarde, el 3 de diciembre de 1640, se volvieron a correr toros en honor del Embajador de Dinamarca actuando en la lidia el Almirante de Castilla, los marqueses de Guadalete y Almenara y el conde de Cantillana.

Y he aquí que se trunca ahora el calendario festero, claro que por muy buenas razones: a la caída del conde duque, la gran crisis, cien problemas que se han reunido para caer sobre la Monarquía que estaba mirando hacia otro lado durante tanto tiempo. Y hasta 1655 no tenemos noticias de toros ni de fiestas. Seguramente porque no estaba el horno para bollos. Pero no es día hoy de contar tragedias, sino alegrías, así que pasemos por este paréntesis, como por sobre ascuas para volver a tomar el hilo de nuestro tema, el día 18 de junio de 1655.

Fue este día cuando un grupo numeroso de labradores del cercano pueblo de Getafe llegaron a los jardines del Retiro donde representaron una comedia para los Reyes y la Corte, en fiesta organizada por el Marqués de Liche.

Otra representación seguiría a esta, con gran espacio de casi un año entre ambas fechas, ya que fue el 27 de febrero de 1656 cuando se ofreció la comedia de Antonio Solís titulada «Triunfos de Amor y Fortuna» con rica tramoya preparada especialmente por el romano Antonio Antonozzi que había sustituido a Lotti. Como de costumbre la representación de esta obra se repitió casi inmediatamente en espectáculo dedicado a los madrileños que quisieron asistir y que pagaron para ello cuatro reales de entrada y otro tanto de asiento en los distintos lugares del coliseo del Retiro. Según parece hubo una numerosa asistencia, que la afición teatral estaba muy desarrollada y esta tenia a la vez el interés de estar y ver algo destinado a los Reyes.

Hermosos toros se corrieron en los finales de octubre del mismo año pero la fiesta resulto triste pues los caballeros Melgarezo y Pernia que salieron a rejonearlos y correrlos, terminaron ambos heridos de gravedad y parece ser que quedaron a las puertas de la muerte.

Nuevamente el teatro ocupó el primer lugar el 17 de enero de 1658, pero esta vez en la Ermita de San Pablo, que había sido la primera en construirse, y se había terminado en 1633, presentaba una alegre fachada de villa romana. Era la única que se remataba sin el madrileñísimo chapitel que servía de cubrición de las restantes. La Ermita sería reformada ampliamente en 1778 y figura en el Plano de Teixeira marcada con el número 82 y situada al sur del ochavado y este del Palacio. En sus jardines lucía gallardamente la bella estatua de bronce de Emperador Carlos venciendo al Furor, hoy en el Museo del Prado.

Una naumaquia tendremos que recordar ahora, que se celebró el 28 de junio de 1658, naturalmente en el estanque grande y luchando una galera pequeña, pero tripulada por treinta personas, contra otros barcos menores, que hacían fuego de salvas, que daban mucha realidad al combate naval. Precisamente al día siguiente de esta fiesta, se hizo la inauguración oficial de la flota armada del Retiro, que estuvo constituida por numerosas embarcaciones, las unas remedando en pequeño buques de guerra, las otras barcas de recreo y todas ofrecidas por Virreyes y Gobernadores, que constituyeron así una verdadera armada de juguete cuya pieza de mayor importancia era una galera, no tan pequeña, puesto que tenía una dotación de sesenta tripulantes y estaba dotada, como todos los barcos de guerra que allí se representaban, de numerosos cañoncitos de poco calibre que disparaban salvas de pólvora aunque bien podían hacerlo con auténticos proyectiles, pues tenían una artillería naval aquella Flota del Retiro construida con maderas nobles y gran riqueza de detalles suntuarios.

Nació aquel Infante que se llamó Felipe Prospero y encendió de ilusiones tanto a la Real Familia como al pueblo, que el Rey Felipe, tan fecundo de hijos adulterinos, siempre tuvo el castigo de no lograr descendencia legítima. En cuanto nació se organizaron festejos en su honor, el primero la corrida de toros del 26 de febrero de 1658, corrida en la que rejonearon el Duque de Abrantes; el Marqués de la Gluardia; el Marquésa de Puebla; don Pedro Azcona; don Francisco Lasso de Castilla y don Juan de Miranda. Los toros fueron buenos, los toreadores duchos y diestros y lo hicieron bien y la tarde resulto interesante y entretenida, pero había tenido un prólogo desgraciado, pues en el encierro de las reses resulto cogido el Regidor de la Villa don Juan de Cerradón que murió de resultas.

Volvió a los reales escenarios Calderón de la Barca con «El efecto del Amor, piedad, desmayo y valor». Don Pedro, que había nacido en el 1600 y cumplía años con su siglo, tenía entonces 58 y estaba en la sazón de su rica madurez.

Lo volvió a demostrar el 1 de abril de 1661, con el estreno de «Faetonte», obra que fue publicada más tarde por Vera Tarsis con el título de «El hijo del Sol, Faeton».

Seguiría a este estreno calderoniano otro del mismo autor, el 12 de julio de 1661, con la obra «Eco y Narciso» presentada con ocasión del cumpleaños de la Infanta Margarita, la bella y rubia Infanta del lienzo velazquiano.

Seis meses después, el 19 de enero de 1662, fue una zarzuela de don Pedro, «Ni Amor se libra de Amor», que frecuentemente suele titularse «Psiquis y Cupido». Precisamente al día siguiente del estreno de esta pieza teatral los Reyes volvieron al Retiro donde les recibió una mojiganga formada y preparada por los Escribanos de la Villa.

Fue un mes después cuando el teatro se mezcló con la política en su formas radical y vino a descubrirse, bajo el tablado teatral situado en los jardines, la que se conoce como «la conspiración de la pólvora» por los barriles de este explosivo allí colocados para atentar contra el Rey, al parecer por el conde Liche, el que pasaba por el hombre mas feo de la Corte y estaba casado con la mas bella de las damas de por entonces.

No podemos olvidar una fecha más en la historia menuda del Sitio Real del Buen Retiro, fue el 16 de abril de 1662. En esta fecha llegaron al Palacio gran cantidad de grandes bultos, cuidadosamente embalados entre los que se había distribuido; desarmado, un importante y curioso regalo que enviaba a sus Majestades desde Flandes el Marqués de Aracena y que era nada menos que una regular fragata de guerra, realizada con todo lujo de detalles y de riquezas, armada con cañoncitos capaces de hacer fuego real. Un enorme y delicioso juguete que se botó en el estanque grande una vez que logro ser debidamente armado con todas sus numerosas piezas.

Sería al año siguiente cuando el Palacio volviera a tener un uso continuado pues el día 3 de julio de 1663 llegó a Madrid don Juan José de Austria y fue alojado en el Palacio del Retiro.

Todavía tendremos que recoger otro estreno teatral, y otra vez de don Pedro Calderón de la Barca, verdadero poeta áulico, se trataba esta vez de «La fingida Arcadia». Representaciones populares tras el estreno real, siguiendo el patrón de uso ordinario.

Sin pretender levantar escándalos, sin querer al uso actual hacer montañas de granos de arena, tendremos que situar ahora un interrogante que no tiene fácil contestación. Es cierto que aquellos buques que se balanceaban en las aguas del estanque grande hacían pensar, entonces como ahora, en la necesidad de nuestras tropas en el norte de Europa, desprovistas de una flota de guerra que sirviera de base y seguridad a sus movimientos y a su aprovisionamiento. Tenemos noticia por «avisos» y sucesos que hasta los chiquillos madrileños perseguían por las calles, cuando a su tiro se ponían, a los moros –así se les decía cuando era mas rico el castellano– que servían de tripulantes de estos barcos de mentirijillas y les cantaban coplas y aun se atrevían a tirarles piedras, que estas siempre eran abundantes, del continuamente renovado, pero continuamente suelto, empedrado de las calles. Son detalles sin trascendencia y sin importancia, ya lo sabemos, pero entonces y ahora muchos nos preguntamos como pudo suceder que, el día 5 de agosto de 1664, ardiera, como un montón de paja, toda la rica flota del Parque del Retiro. Así, de pronto, sin posible salvación de una sola barca, sin que nada quedara en pie de tanta riqueza.

Oficialmente se puso toda la culpa en el calor agosteoño del día, ese tremendo calor madrileño que... ¿era bastante causa?

Pero aun habría de suceder algo peor, no eran estos días de grandeza para la pobre España y el 11 de septiembre de 1665, murió el rubio Rey Felipe IV llevándose consigo



al pudridero de El Escorial, todos los fastos, todas las alegrías, todas las fiestas, el alma toda del Palacio Real del Buen Retiro, que ya tras la muerte del que alguno ha llamado el Rey Poeta, no volvería jamás a recuperarse con aquella magna grandeza, No habría más toros, ni Calderón continuará ya prácticamente trenzando la maravilla de sus versos. Todo se había ido con la muerte del Rey o quizá con el humo que hicieron al arder las galeras de juguete del estanque grande.

Felipe IV tenía sesenta y un años cuando le llegó la muerte, cuando se pago su sed inextinguible de fiestas y regocijos, se acababan, con un compás de tristeza, los ecos galantes y barrocos de su Corte de sueños.